

Conmemoraciones de héroes aztecas en la ciudad de México e inclusión de los indígenas capitalinos (1867-1910): dos casos particulares

A partir de la restauración del régimen republicano en 1867 tras la derrota y ejecución de Maximiliano de Habsburgo, se aceleró la elaboración de una versión oficial de la historia nacional¹, tarea que resultó facilitada por una pausa en las guerras civiles que asolaban el país (aunque no en las revueltas) debido a la duradera desacreditación del proyecto conservador a raíz de su comprometimiento con la intervención francesa: fuera del movimiento armado que llevó a Porfirio Díaz al poder, hasta la Revolución mexicana reinó una relativa paz interior, debida en parte al control ejercido por el dictador a partir de 1876.

En la ciudad de México se celebraron pronto eventos y héroes de la conquista: ésta era presentada como la primera manifestación del patriotismo americano contra el imperialismo europeo. Entre otras iniciativas que celebraron a diversos jefes aztecas² fueron levantados dos monumentos a Cuauhtémoc, emperador que encabezó el último movimiento de resistencia y luego aguantó el tormento con fuego sin por ello entregar el secreto del tesoro de los emperadores aztecas.

Bases teóricas y planteamiento

En la versión maniqueísta de la historia que surgió por 1870, Cortés era el primer invasor del territorio nacional, y frente a él Cuauhtémoc encarnaba

¹ El mismo emperador Maximiliano contribuyó de hecho a elaborar una iconografía histórica nacional e inauguró monumentos a héroes populares tales como el de Morelos en 1866 (Acevedo, 1995).

² También se menciona “el monumento de la Noche Triste” en un expediente municipal de 1873: Archivo Histórico de la Ciudad de México (AHCM), Fondo Ayuntamiento y Gobierno del Distrito Federal (AGDF), vol. 2276, exp J 21. Aquella fue la noche en la cual Cortés y sus huestes fueron expulsados de México-Tenochtitlán por el emperador Cuitláhuac y los aztecas.

el valor y patriotismo mexicanos. Por supuesto, dicha versión también se difundió por medio de libros de historia³ y de discursos pronunciados en el día nacional, 16 de septiembre⁴. Conmemorando la resistencia azteca se afirmaba la suma antigüedad de la nación. Incluir a líderes aztecas en la historia de México presentaba dos ventajas: por una parte, le daba al país una mayor respetabilidad – no estaba en plena infancia sino ya en la madurez –; y por otra, permitía ostentar unos orígenes nacionales propios y anteriores a la hispanización de la población, negando a España el estatuto de “madre” y completando así la emancipación política⁵.

Sin embargo, eso implicaba una contradicción en el discurso sobre la identidad nacional. Las élites eran culturalmente europeas (por sus lecturas, escritos, ideas, hábitos de consumo; aunque biológicamente tenían, de hecho, orígenes diversos) y consideraban que la población indígena obstaculizaba el progreso aferrándose a sus viejas costumbres⁶, motivo por el cual aspiraban a blanquear la nación, ya fuera eliminando a los indígenas, política que se implementó desde la década de 1830 contra los “indios bárbaros” nómadas del Norte⁷, o bien asimilándolos por medio del mestizaje biológico y la educación, un ideal afirmado por diversos autores, entre otros Justo Sierra⁸. En el fondo, aspiraban a una nación sin indios, o dicho de otro modo a una transformación (por lo menos cultural) del indio en mestizo, que lo nacionalizara⁹.

Esta negación de la componente indígena en el presente y el futuro de la nación tenía, además, otra causa, más profunda e inconfesable, frente a la cual la anterior podría fungir como fachada. Subrayar la ilegitimidad de la conquista, afirmar que era nula en derecho, implicaba lógicamente aceptar la devolución de las tierras mexicanas a la población indígena, que a partir de 1521 fue despojada injustamente, y también dejarle el poder político, que asimismo le fue arrebatado de manera ilegal. Eso no servía los intereses de la élite mexicana, sino que al contrario representaba un peligro para su dominación y por ello, esta relación lógica fue silenciada. Solamente nos constan dos excepciones: un regidor la expuso durante la junta del ayuntamiento de la ciudad de México en agosto de 1808, pero no desarrolló su argumentación porque “estaban presentes los gobernantes de las parcialidades y que entre ellos había descendientes del Emperador Moctezuma”¹⁰. Unos sesenta años

³ Gallo (1873); Payno (1870).

⁴ Torre Vilar (1988).

⁵ Pérez Vejo (2003).

⁶ Escobar Ohmstede y Rojas Rabiela (1992).

⁷ Terrazas Sánchez (1983); Falcón (2002).

⁸ Sierra (1900).

⁹ Favre (1994). México no es un caso particular en Hispanoamérica (ver Demelas, 1992, 343-399).

¹⁰ Lira (1984).

después, Francisco Pimentel de nuevo la explicitó, pero sin adherirse a ella, en un libro de 1864: “Si, por el contrario, los indios se consideran únicamente á sí mismos, alegarán que son los primeros poseedores del terreno; que la conquista no es un derecho; que los blancos deben retirarse de su territorio ó vivir sujetos á los antiguos señores del país”¹¹. Para anular esta consecuencia lógica de la visión maniqueísta de la conquista, existía una solución, un truco: borrar también la presencia pública de los descendientes de los primeros habitantes, afirmar que habían sido mortalmente afectados por la conquista y que si bien aún existían (hecho que no se podía negar, pues eran más del tercio de la población nacional¹²), estaban muy disminuidos moralmente (por culpa de los españoles) y ya no tenían la misma dignidad ni, por ende, los mismos derechos. Por consiguiente, la nación mexicana (su heredera) y sus representantes legales (las autoridades constituidas) asumían el poder en nombre de los aztecas y de Cuauhtémoc, y les rendían un homenaje póstumo.

De modo que, si por un lado convenía elogiar la resistencia de los aztecas frente a la conquista para celebrar un patriotismo eterno, por otro lado, no cabía subrayar la presencia de indígenas vivos y activos en la nación independiente, contemporánea¹³. Eso explica la selección final de Cuauhtémoc, último emperador, vencido y torturado (y no de otros emperadores como su predecesor Cuitláhuac, vencedor de Cortés en la “Noche Triste”, el 30 de junio de 1520), y también el discurso que se solía asumir respecto a él, con sus dos vertientes.

La figura del último líder del pueblo vencido fue ensalzada a partir de 1867, lo cual hace de México una nación original en el panorama hispanoamericano, donde la reivindicación de líderes indígenas casi desaparece a partir de 1830 hasta el surgimiento del indigenismo que nace un siglo después¹⁴. Pero, además de subrayar su patriotismo, por otra parte se dejaba entender que con su rendición había iniciado una nueva era, marcada por la tutela del europeo sobre el indio y un mestizaje supuestamente general, que diluiría el elemento indígena, tanto biológica como culturalmente: era la inexorable marcha de la historia¹⁵. Esta ficción fue repetida con constante obstinación a lo largo de las décadas para permitir que se mantuviera el *statu quo*.

Ahora bien, en la ciudad de México y en sus alrededores, como en el resto del país, siempre existieron importantes comunidades indígenas, que se

11 Pimentel (1864).

12 Tenorio Trillo (1998), 130.

13 Lira (1984), 79.

14 Existen excepciones puntuales. En la capital del Perú, *La muerte de Atabalpa*, cuadro pintado en Europa en 1867, fue expuesto con gran éxito. También se trata de la muerte del último líder de un pueblo al que se le quiere encerrar en el pasado. Majluf (2011).

15 Lecouvey, “De Cuauhtémoc à Zapata” (2016), 57 *et sq.*

sometieron a las leyes vigentes y usaron las instituciones para defender sus intereses¹⁶. De hecho, sus autoridades fueron invitadas a participar en las inauguraciones que aquí estudiamos y en las conmemoraciones anuales que luego se instauraron¹⁷. Una cosa es afirmar la desaparición del indio en un libro, otra cosa es hacerlo frente a un público parcialmente compuesto de indígenas.

En este trabajo, nuestro propósito es ver cómo en las dos inauguraciones, concebidas a la vez como festividades y como conmemoraciones del patriotismo, se compaginó esta concepción de la historia mexicana (desde un pasado azteca hasta un futuro sin indios), con la situación concreta en la cual intervenían los indios del Valle de México, como espectadores y como actores, esos mismos indios a los que se anhelaba borrar.

Para acercarnos a la inauguración del busto a Cuauhtémoc en 1869 y a la del monumento dedicado al mismo Cuauhtémoc en 1887, ambas organizadas por el ayuntamiento de la capital, hemos consultado fondos archivísticos¹⁸ y hemerográficos¹⁹, observando tanto la planificación y preparación de las festividades (debates en el ayuntamiento o en la prensa, programas, discursos) como la percepción que de ellas y de los mismos monumentos se tuvo (crónicas, debates posteriores). Presentaremos los monumentos y conmemoraciones en orden cronológico, conservando en mente estas preguntas: ¿En qué medida se observa el proyecto de una nación sin indios? ¿Es un proyecto unánimemente compartido por los organizadores, los oradores y la prensa? ¿Qué papel asumen en este esquema – si es que se mantiene – los indígenas de carne y hueso que participan en las conmemoraciones?

Inauguración del busto de Cuauhtémoc, el 13 de agosto de 1869

En la sesión del ayuntamiento del 11 de diciembre de 1868, el regidor Abraham Olvera, arquitecto y filántropo, propuso que se erigiera una columna coronada por una estatua o busto de Cuauhtémoc, que él mismo sufragaría. En abril de 1869, ya estaba colocado un gran pedestal de chiluca (piedra local)²⁰ que el 13 de agosto, día aniversario de la captura de Cuauhtémoc, fue coronado por un busto del héroe del mismo material en una solemne

¹⁶ López Caballero (2012) muestra cómo se reconstruye *a posteriori* la historia de Milpa Alta, un pueblo del Valle de México, en función de los valores vigentes en la sociedad colonial y luego nacional y de intereses circunstanciales. Lira (1984) estudia la relación de las comunidades indígenas frente al gobierno de la Ciudad de México.

¹⁷ Campos Pérez (2017).

¹⁸ AHCM, Fondo AGDF, vol. 2276, exp. P-17; agradecemos a Mónica Ponce Acatitla, egresada de la Licenciatura en Historia y Sociedad Contemporánea de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, la consulta complementaria en el archivo.

¹⁹ Hemeroteca Nacional de México, Hemeroteca Nacional Digital de México y Biblioteca “Ignacio Cubas” del Archivo General de la Nación.

²⁰ “La estatua de Guatimocztin”, *La Iberia* (México), 15/04/1869, gacetilla.

inauguración. Poco después recibió diversas críticas, entre otras por la sorprendente ubicación del monumento.

Dicho monumento se encontraba en el Paseo de la Viga, un espacio periférico bordado por un canal, a la vez lugar de diversión (grupos familiares o de amigos iban a la Viga para pasear en chalupas, comprando comida y escuchando música en vivo) y de trabajo (muchos cultivadores transitaban por este canal para vender sus hortalizas en la ciudad). Como todo lugar de esparcimiento, también presentaba la posibilidad de comprar alcohol: un relato ficticio publicado en una revista en julio de 1869 narra un encuentro en una taberna situada precisamente en el “sitio nombrado Jamaica, a las orillas del canal de la Viga”²¹, el mismo lugar donde en agosto se inauguró nuestro monumento. Poco antes de la inauguración, “Fidel” (el carismático liberal Guillermo Prieto) dedicaba una de sus “crónicas charlamentarias” al mismo paseo, apreciando cada sensación, incluso los gritos de los que trataban de arrestar a un ladrón²². La prensa realmente dio cuenta por esos meses de algunas agresiones por el rumbo, e incluso de un mortal accidente ocurrido a “un desgraciado indígena”, que fue herido en el corazón por uno de los dos empleados de la garita “que se hallaban tirando al blanco”²³. Era pues un lugar donde se mezclaban varios grupos sociales, incluso indígenas (o personas consideradas como tales).

El Paseo de la Viga, ¿lugar de memoria?

La presencia de un monumento en este espacio popular resultó *a posteriori* chocante para la prensa, pero emanaba de un proyecto, no del azar. La motivación del ayuntamiento pudo ser la voluntad de consolidar la cohesión nacional, tras las funestas divisiones políticas que dieron pie al segundo imperio. Para ello, hacía falta reafirmar la identidad nacional común en todos los espacios, aun marginales, solicitando la adhesión de todos los estratos sociales, hasta los más bajos. Como indicio de esta posible voluntad de reforzar la cohesión y unidad de la ciudad entera sin exclusión, consta que en diciembre de 1868 decidió el mismo ayuntamiento embellecer todos los paseos de la ciudad, y en particular replantar fresnos en la Viga²⁴. Sin embargo, la meta explícita de Olvera era distinta: se trataba muy precisamente de abrir los ojos de los capitalinos a la pervivencia de la grandeza azteca en ese lugar, como lo indicó en la ya mencionada sesión del 11 de diciembre:

21 *El Derecho* (México), 17/07/1869, p. 43.

22 Fidel, “Crónica charlamentaria”, *El Monitor Republicano* (México), 07/03/1869.

23 “Desgracia horrible”, *El Monitor Republicano* (México), 27/01/1869.

24 Gacetilla, *La Iberia* (México), 02/12/1868. Aún así en abril del año siguiente, un periódico deploró la ausencia total de mejora alguna en dicho paseo, *El Monitor Republicano* (México), 16/04/1869.

Ese canal abandonado nos recuerda una obra ejecutada por aquellos mejicanos mucho antes de ser oprimidos por la Conquista. En sus márgenes, se encuentran aún las chinampas o jardines flotantes, creaciones prácticas y delicadas de origen azteca. De manera, que tanto el canal navegable como las chinampas, son testigos de que aquellos mejicanos eran bien laboriosos y adelantados en las vías de comunicación y la horticultura.

Pues bien; si a esto se agrega los hechos heroicos de ellos que con profusión nos enseña la historia, es necesario convenir en que la generación mejicana actual, y las que le sucedan, deben esforzarse por conservar la memoria de sus mayores²⁵.

Si bien se establecía a continuación que este héroe debía ser Cuauhtémoc, la elección del lugar era, para Olvera, prioritaria sobre la del individuo celebrado. Era el lugar lo que encarnaba la memoria de “aquellos mejicanos”, no sólo patriotas sino también ingeniosos y cultos, como lo reflejaban sistemas de riego, cultivo y comunicación que, según el mismo Olvera, incluían el mismo canal de la Viga, el cual “fue el sitio y recreo de los primeros mejicanos o Señores del Anahuac”²⁶. No hubo oposición entre los miembros del cabildo, ni antes de la inauguración en la prensa, que reprodujo esta última frase al comentar la construcción del pedestal²⁷.

Una fiesta inclusiva y bilingüe

La elección de un lugar popular dejaba suponer que la fiesta sería inclusiva. En el plan para la inauguración propuesto por Olvera y aprobado en la sesión del 30 de julio de 1869, se establecía lo siguiente, tras fijar la fecha del 13 de agosto (art. 1º) y el padrínazgo del ayuntamiento, el cual sufragaría la construcción de un salón de fiestas (art. 2º):

3º [el ayuntamiento] invitará al Presidente de la República, su Gabinete y autoridades políticas y militares de la capital para que concurran á solemnizar el acto.

4º invitará, asimismo, con oportuna anticipación, á los Ayuntamientos vecinos [...].

5º Nombrará también dos individuos que pronuncien en el acto de inauguración un discurso análogo á la solemnidad y otro con el mismo objeto en el solemne idioma mexicano. Además invitará á alguno de nuestros poetas populares para que pronuncie una oda análoga también al acontecimiento.

6º Se hará público con anticipación el presente programa para que los vendimieros que deben situar sus puestos en los parajes que se les designe, lo hagan, advirtiéndoles que nada se les cobrará de los impuestos municipales.

²⁵ AHCM, *op. cit.*, doc. 2.

²⁶ *Loc. cit.*

²⁷ El cabildo adoptó el proyecto y la prensa celebró en abril la erección del pedestal, copiando muy a menudo la última oración citada. Sólo después de la inauguración surgirían críticas negativas.

7º En la exitativa á las autorid^s [sic]de la capital y Municipalidades del Distrito, se les suplicará envíen las músicas de que puedan disponer para darle mas brillo á esta festividad patriótica²⁸.

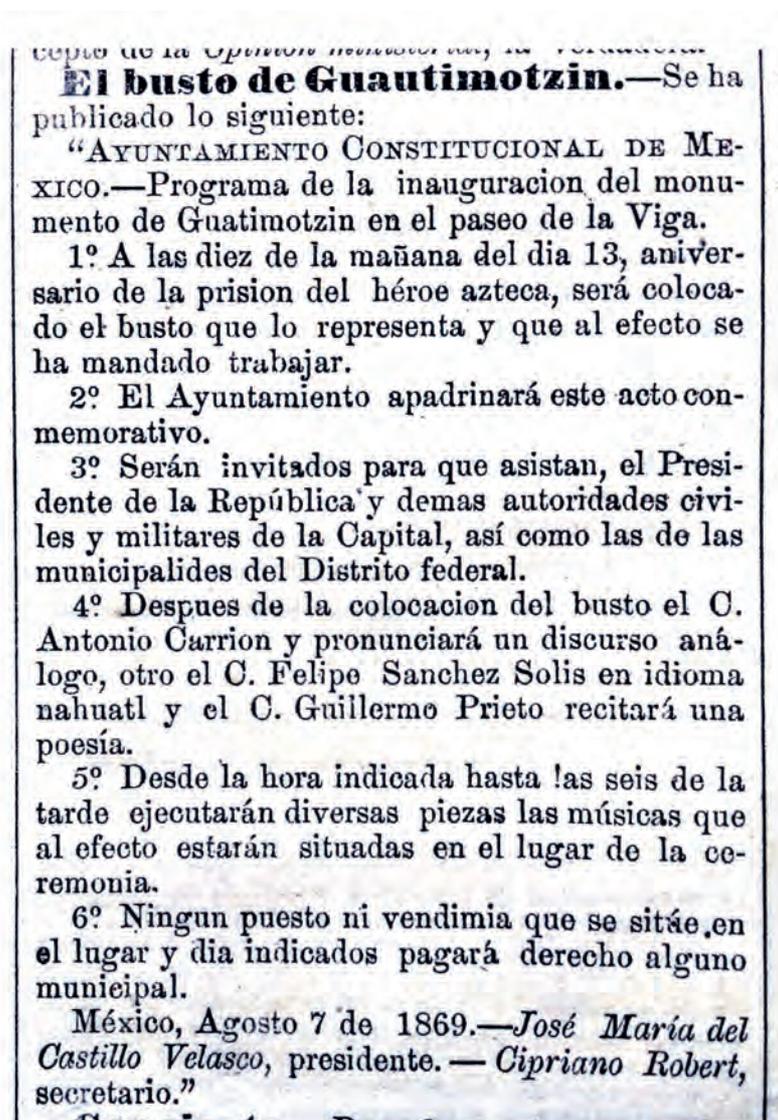


Imagen 1: Programa inauguración 1869

²⁸ El punto 6º fue modificado en la sesión y por ende tachado en el cuaderno de actas; ésta es la versión final.

La fiesta de inauguración presentaba pues, desde su concepción inicial, varios indicios de apertura e inclusión de los indígenas en un conjunto más amplio, nacional. El primero es la invitación a los jefes políticos de zonas con fuertes raíces y presencia indígenas de la periferia de la capital (Guadalupe Hidalgo, Tlalpan, Tacubaya y Xochimilco). En segundo lugar, destaca la voluntad de que, de los tres oradores solicitados, dos se dirigieran al público en lengua náhuatl (sin consideración por las otras etnias del valle y de la ciudad, que no necesariamente la hablaban²⁹). El ayuntamiento dirigió cartas al abogado de origen indígena Felipe Sánchez Solís³⁰ y a Antonio Carrión³¹, para que pronunciaran sendos discursos “en el idioma mexicano” (lo cual remite al pasado, y no al presente: ese indicio es de doble filo³²), además de Guillermo Prieto (autor de la crónica sobre la Viga ya citada) a quien se encargó, ahora en castellano, la debida oda³³. Otros dos indicios más de la inclusión de las clases populares, y por ende de los indígenas, que en mayoría eran parte de ellas, residen en la organización material de la conmemoración, claramente concebida como una fiesta. Observamos, por una parte, la insistencia en que participen las bandas municipales, y por otra, la exención de impuestos municipales para los puestos de comida y bebida instalados en el lugar. En sentido contrario, notamos que se erigió un salón de fiestas, que quizás permitió que las autoridades municipales y nacionales se encontraran entre sí después del momento compartido en el espacio abierto de la calzada.

Coherentemente con la fiesta de inauguración, el mismo monumento evidencia la voluntad de bilingüismo y la posible inclusión de los indígenas nahoas entre los destinatarios de la obra, aunque de nuevo estamos frente a una ambigüedad, subrayada por la designación del idioma como “mexicano” en el libro de 1882 que lo describe: “En uno de los lados de la columna se lee la siguiente inscripción en castellano y mexicano: ‘Al último monarca Azteca, á Guauhtimocztin, heróico en la defensa de la Patria, sublime en el martirio: el Ayuntamiento Constitucional en 1869’³⁴.” ¿Sería este “mexicano”, tal como el latín, una lengua muerta?

²⁹ Para un panorama completo de las etnias de México, véase Pimentel (1874).

³⁰ Conocido liberal, como director del Instituto Literario de Toluca fue protector de Altamirano, un literato que tenía raíces indígenas, y como mecenas, encargó cuadros de historia tales como *El descubrimiento del Pulque* de José Obregón o *El Senado de Tlaxcala* de Rodrigo Gutiérrez. Sánchez Arteché (1998).

³¹ Otro liberal, notablemente anticlerical, colaborador de la conocida revista satírica *La Orquesta*. Su biografía queda por estudiar.

³² “Idioma mexicano” se refiere al pasado, puesto que el idioma nacional es, al decir de todos, el castellano. Lecouvey, “Les linguistes *nahuatlato*” (2016).

³³ Prieto también era regidor, e incluso fue designado para entrar en la comisión (de 2 personas, más Olvera) que preparaba la inauguración, a pesar de lo cual no firmó la propuesta, pues probablemente no asistía a las juntas.

³⁴ Rivera Cambas (1882), t. 2, 185.



Imagen 2: el monumento de 1869 en la Vega

¿Han muerto los indios?

Hemos estudiado la motivación del iniciador del monumento (conservar la memoria de la Tenochtitlán lacustre) y la ambición de los organizadores de la festividad (una fiesta inclusiva y popular); examinemos ahora, en los discursos pronunciados durante la inauguración, la representación – o su ausencia – de los indios del presente como descendientes de los gloriosos aztecas. Su ausencia confirmaría la tesis general de la invisibilidad del indio en el proyecto nacional de la élite; en cambio, su presencia matizaría dicha tesis.

En el discurso pronunciado en náhuatl por el ya citado Antonio Carrión (cuya traducción al español se encuentra impresa en los archivos del ayuntamiento), la identidad azteca se funde en la mexicana y se confunde con ella:

El espíritu público de *los mexicanos*, si bien es cierto que se sofocó con el aliento de Cuauhtemotzin, no quedó extinguido para siempre, sino adormecido trescientos años para inflamarse de nuevo la noche del 15 de Setiembre de 1810 en Dolores; el germen quedó envuelto como en un nutritivo mantillo, nada menos que en el elemento mas poderoso de su aniquilamiento, es decir, en el cristianismo [...].

Mucho candor concedo á los primeros misioneros católicos al creer de buenas a primeras en una renegación de sus creencias religiosas, á una nación que nunca renegó de sus creencias políticas; pero todo esto revela sobradamente la índole de *nuestro pueblo*; esta tenacidad en sostener sus creencias, se ve que no ha sido periódica ni provocada por los acontecimientos, sino permanente e innata entre nosotros, de suerte, que si queríamos ser agradecidos, si pretendíamos comprender nuestro espíritu nacional, necesitábamos poner en el primer lugar de nuestro martirologio con una demostración como la presente a *Cuauhtemotzin*³⁵.

De este modo se borran los límites y los “mexicanos” de 1521 forman parte de la misma nación que actúa en 1810, tras un letargo de casi 300 años en el cual el “ser mexicano” se mantiene inmutable, caracterizado por su fuerza de voluntad. Carrión crea una ilusión de continuidad, da a la nación un carácter de eternidad, a la vez que afirma que “se sofocó” el aliento de Cuauhtémoc, y quizás con él, todo el pueblo azteca. La imprecisión permite crear una lógica ilusoria, aquella que hemos evocado en la parte teórica: los derechos de los antiguos “mexicanos” se han transmitido a los actuales mexicanos, no a los actuales nahoas, cuya existencia no se toma en cuenta. No es casual que el mismo Antonio Carrión publique por esas fechas una *Galería de indios célebres de la República mexicana* en la cual inventa a un dominico indígena, Fray Martín Durán, quemado por la Inquisición³⁶: parece querer dar un papel notable al componente indígena en la identidad mexicana, pero solamente como mártir fundador de una nación que culturalmente se asemeja a las europeas. La contradicción inherente a la identidad nacional en su relación con “el indio”, evocada en la introducción, está presente tanto en la *Galería* como en el discurso del 13 de agosto de 1869. Los antiguos mexicanos fundamentan los derechos de los actuales mexicanos; no se consideran como antepasados de los actuales indígenas, sino como los mexicanos del pasado. Para Carrión, el indio bueno es el indio muerto, como Cuauhtémoc o el misionero quemado por los españoles. Abre el paso a una nación sin indios.

³⁵ AHCM, *op. cit.*, subrayado por nosotras.

³⁶ Carrión (1869), 485-493. Según un artículo publicado en internet, José María Vigil y José María Icazbalceta descubren la mentira, pues en las fechas que menciona Carrión, los indígenas, como neófitos, ya estaban exentos de persecuciones por parte de la inquisición. < <http://www.cesareojarabo.es/2017/02/la-inquisicion-en-america-5.html> > [11/07/2017].

En el discurso pronunciado en náhuatl por Sánchez Solís, también conservado en el archivo municipal, parecería inicialmente plasmarse la misma visión. Sin embargo, siguiendo el hilo de la historia, el jurista llega a evocar – como en todo discurso conmemorativo – el presente y el futuro, y ahí surge repentinamente un “vosotros”. Nos parece imperativo citar integralmente el final de la arenga:

[...] los castellanos se enseñorearon de la capital, y el pueblo azteca, cansado ya de aquel poderoso esfuerzo, fue sometido al yugo extranjero: *vosotros sus descendientes*, habéis heredado aquel cansancio, y habéis visto desaparecer la civilización azteca y establecerse lentamente en su lugar, en la dilatada carrera de tres siglos y medio, la del mundo antiguo, sin que hayan podido reanimarse vuestras decaídas fuerzas.

Conciudadanos: Es tiempo ya de animarse al recuerdo de *las hazañas de vuestros padres*: que las altas virtudes patrias y los hechos heroicos de Cuauhtémotzin os animen á dedicaros sin descanso á engrandecer, por medio de la educación y del trabajo, el suelo de la patria libre hoy y dueña absoluta de sus destinos: haced un esfuerzo por legar á *vuestros hijos* un porvenir dichoso, que alcanzarán tan solo en el seno de la paz.

El monumento que hoy consagra nuestra Corporación Municipal, á perpetuar la memoria de Cuauhtémotzin, tiende no solo á rendirle un justo tributo de admiración y gratitud, sino que os servirá de lección para imitar sus hechos cuando peligre la patria, por la que sacrificó gustoso su vida. Cuauhtémotzin representado en este monumento estará siempre ante su pueblo: los que aquí lo colocan *son vuestros hermanos*: ellos os convocan para salvar esta nación y engrandecerla. Acudid á su llamamiento fraternal: buscad en el trabajo el sostén de vuestras familias, y en la educación de vuestros hijos el descanso de vuestra ancianidad. La felicidad pública se funda en la felicidad individual. De este modo, no lo dudéis, será una de las primeras naciones del mundo la patria de Cuauhtémotzin.³⁷

Así entendemos *a posteriori* que la apóstrofe “conciudadanos”, que abre el discurso (en un fragmento que no incluimos) y se repite en este fragmento final, se dirige exclusivamente a los indígenas nahoas de la ciudad, a los que considera “descendientes” de Cuauhtémoc. Si bien les da un papel de testigos en los primeros tres siglos y medio, los incluye entre los ciudadanos del presente y los llama a la unión con el Estado y a la acción. Son claramente diferenciados del “yo” o del “nosotros”, pero son tomados en cuenta, solicitados, e incluso se menciona su descendencia. Sánchez Solís traza la doble senda del trabajo y la educación para consolidar tanto la felicidad de los mismos nahoas como la prosperidad de la comunidad nacional. El tono insistente, multiplicando los imperativos (“haced un esfuerzo”, “acudid”, “buscad”), deja suponer una desconfianza inicial de sus oyentes frente a las

³⁷ Discurso de Sánchez Solís, impreso: AHCM, AGDF, vol. 2276, exp. P-17. Subrayado por nosotras.

autoridades y sugiere que la inclusión educativa y laboral de los indios en la sociedad nacional, en teoría evidente, fue en la realidad problemática.

En presencia de los ministros, del presidente y de las autoridades municipales, Felipe Sánchez Solís tiende la mano a los indígenas de la ciudad, toma en cuenta su existencia y su sentir. Se instituye mediador entre los indígenas y la élite, como también lo ha hecho anteriormente como director del Instituto Literario de Toluca³⁸. A partir de una solicitud del ayuntamiento centrada en el pasado, el orador introduce por iniciativa propia un elemento de diálogo, una preocupación por incluir en el presente nacional a los indígenas, aquellos que viven en la capital y sus alrededores.

Los indios de la Viga, discriminados

Esta primera celebración manifiesta una voluntad inclusiva patente por una parte en la elección de un espacio periférico y popular por su valor simbólico, y por otra parte en un discurso dirigido explícitamente a los indígenas, cuando los otros dos (uno de ellos en náhuatl) no consideran la presencia de indígenas en el público. Tal presencia fue una realidad y permitió una comunión espacial, pues el *Monitor Republicano* señala *a posteriori* la presencia de “los indígenas del valle de México”³⁹: en la Glorieta de Jamaica convivieron aquel día las autoridades municipales, los ministros, el presidente (por cierto, también indígena, pero zapoteco, y que no reivindicaba para nada este aspecto de su identidad), y las comunidades indígenas de la ciudad y el valle de México.

Ahora bien, la voluntad de comunión asumida por el ayuntamiento tenía opositores: varios liberales dejaron entender que los aztecas debían ser totalmente dissociados de los indios del presente, y relacionados exclusivamente con la parte más noble de la ciudad y de la población mexicana, como lo atestigua la agresividad del joven Alfredo Higareda en *El Siglo Diez y Nueve*:

Este malhadado monumento está colocado en el lugar más poco a propósito, en el puente de Jamaica; allá en donde desembarcan los rábanos y los tomates; por donde tienen sus establos las vacas y los jumentos, y sus inmundas barracas los indios más borrachos y perdidos de los alrededores de la gran Tenoxtitlan, ese es el lugar elegido para colocar al más grande de los antiguos mexicanos por sus virtudes y su héroeico patriotismo⁴⁰.

³⁸ Véase la nota 29.

³⁹ *El Monitor Republicano* (México), 14-08-1869.

⁴⁰ Higareda, Alfredo, “Remitido. El monumento a Quautemotzin”: *El Siglo Diez y Nueve* (México), 15-08-1869. Esta frase es en parte retomada en Rivera Cambas (1882), 186.

También en la *Revista Universal* se criticó la ubicación del monumento en la Viga, contraponiéndole la plaza de Santiago Tlatelolco⁴¹. Probablemente se expresaba implícitamente en ambas revistas el deseo de evitar los lugares populares y de diversión: el respeto debido a los héroes exigiría espacios solemnes. Pero quizás actuara también el rechazo a la transgresión del implícito consenso sobre la muerte del indio, que hemos expuesto en la introducción.

Veamos ahora con menos detalle si la siguiente inauguración presentó las mismas características que ésta.

Inauguración del monumento a Cuauhtémoc, el 21 de agosto de 1887

Quizás para remediar las críticas al primer monumento a Cuauhtémoc, que también incluían la pequeñez del busto y la falta de nobleza del material⁴², mandó Vicente Riva Palacio, como Secretario de Fomento, la erección de otro en el Paseo de la Reforma en 1877, dentro de un proyecto más global que no cabe estudiar aquí⁴³. Las obras se iniciaron en 1879 y, tras varias interrupciones, se acabaron en 1887. El mismo año se publicó la minuciosa descripción del monumento junto con el programa oficial de su inauguración en los principales periódicos. Abundaron después las reseñas de la fiesta y *El Diario del Hogar* publicó durante varios días los discursos y odas leídos en esta ocasión.

Inclusión problemática de los indígenas en la conmemoración

¿Fue o no fue una fiesta inclusiva, intencionalmente abierta a los indígenas de la ciudad y del Valle de México?

El 26 de julio, el ayuntamiento decidía que: “el 13 de agosto de cada año, el gobierno del Distrito Federal convoque por conducto de los Ayuntamientos del mismo distrito a los pueblos indígenas para que concurran a esta *festividad*”⁴⁴. Habría pues una inclusión de los indígenas en la celebración, así como una periodicidad anual en ella, lo cual ayudaría a que estos pueblos se integraran a la nación de manera duradera. Pero el gobernador difirió, por lo menos en cuanto a la fecha de la ceremonia, sustituyendo la de la rendición, día 13, con la supuesta del suplicio de Cuauhtémoc, día 21, en la cual – según él – hizo mayor alarde de valor y heroísmo; en el mismo cabildo y en la opinión pública existían desacuerdos en torno al 13 de agosto y diversas

41 Carbajal Espinosa, Francisco, “Estatuas y algo sobre iglesias”: *La Revista Universal* (México), 25-10-1869.

42 Léanse por ejemplo los dos artículos mencionados en las notas anteriores.

43 *Memoria del secretario de Fomento* (1877), 358 (AGN, biblioteca).

44 “Comisión de Festividades”: *El Municipio Libre* (México), 28-07-1887. Subrayado por nosotras.

alternativas⁴⁵. El proyecto fue pues modificado, pero realizado: el programa de la inauguración del 21 de agosto incluye un discurso en náhuatl encargado a Francisco del Paso y Troncoso.

También recalca la prensa la presencia de “numerosas representaciones de los pueblos indígenas del distrito⁴⁶”. Éstos participaron activamente en la celebración de dos maneras: por una parte, tras la salva de artillería y el himno nacional que siguieron a la develación del monumento, las “delegaciones de los pueblos indígenas allí presentes”⁴⁷ depositaron inmensas coronas y ramilletes de flores al pie de aquél; por otra parte, en otros momentos de la ceremonia, tocaron “músicas de indios” procedentes de todo el distrito federal⁴⁸. Fue pues subrayada por la prensa misma la participación organizada y controlada de los pueblos indígenas del valle de México.

En el otro extremo del espectro social, de nuevo presenció la festividad el presidente de la República, acompañado por su gabinete, otras autoridades, y, signo del paso del tiempo, de los embajadores de Francia, Alemania e Inglaterra. *El Siglo Diez y Nueve* insiste intencionalmente en el amplio abanico social: “Puede afirmarse que todas las clases sociales estuvieron allí representadas. Desde el más engomado aristócrata [*sic*], hasta el indígena más humilde, todo México estaba allí⁴⁹”. La inclusión social es afirmada con orgullo. Espacialmente, dentro de la galería semicircular preparada con 500 asientos, que no fueron suficientes, se construyó un pabellón central con dosel para el presidente, los ministros, las autoridades y los diplomáticos. Todos convivían, pero separados en dos categorías según su condición: dentro o fuera del pabellón central.

La ceremonia, más que “festividad”, parece haber sido un momento solemne, sin regocijo popular y quizás sin verdadero sentimiento de cohesión nacional. Dicho sentimiento probablemente no era común en la élite, puesto que no hemos encontrado respuesta indignada a un artículo burlón que comenta la ignorancia y la fecunda imaginación de las muchas personas que en las siguientes semanas se acercaron al monumento. Afirma el autor anónimo de dicho artículo: “Siempre me ha parecido una gran majadería levantar monumentos que el pueblo no entiende: ó en otros términos, erigir estatuas á los indios ántes de enseñarlos á leer y á ponerse los calzones”, estableciendo una equivalencia entre “pueblo” e “indios”. En las interpretaciones que, según él, circulaban, Cuauhtémoc, “el *muñeco* de hasta arriba”, era un general cualquiera, “tapado con una sábana, porque lo cogió el enemigo ántes de levantarse, y como estaba en su cama, huyó”; el bajorrelieve que representa su

45 “La solemnidad del 13 de Agosto”: *El Municipio Libre* (México), 28-07-1887.

46 “Charla semanal”: *El Siglo Diez y Nueve* (México), 28-08-1887.

47 “La fiesta de Cuauhtémoc”, *El Siglo Diez y Nueve* (México), 22-08-1887.

48 *Idem.*

49 *Idem.*

tortura “ha sufrido todas las formas de la metempsícosis popular”⁵⁰. Esta sorna a costa de la supuesta ignorancia de los más humildes, que sirve a un espíritu elitista y no a la consolidación de una comunidad nacional, al parecer pasó desapercibida, lo cual tiende a indicar que era la norma.

Papel de los indios en la conmemoración: reflejos del pasado

Si se despreciaba al indígena y al mismo tiempo se le hacía participar en la ceremonia, ¿existió una voluntad de vincular a los indios de la ciudad de México con las hazañas de Cuauhtémoc, de incitarlos a seguir su ejemplo? La detallada reseña de *El Siglo Diez y Nueve*, en la cual se subraya la comunión social, no refleja ningún regocijo ni alegría indígenas por la glorificación de uno de los suyos; el día en que se celebra al héroe azteca parece convertirse en una manifestación de luto:

El eco triste y plañidero de las músicas indias, con sus tambores, sus flautas, su *teponaxtles* y sus chirimías, el canto de los descendientes del héroe cuya glorificación se celebraba en aquel instante, por siglos esperado y que por fin llegó como una reivindicación y como una promesa para su raza, era algo así como la voz augusta del pasado, saliendo de la tumba del olvido y resonando en el presente con los acentos puros de la gratitud nacional!

Honor a Cuauhtémoc, símbolo del valor heroico!⁵¹

Este comentario sí plasma explícitamente el reconocimiento de una filiación entre Cuauhtémoc y los indígenas del Valle de México y al hablar de raza mantiene una distancia ambigua entre la nación y los indios. Incluso menciona una reivindicación indígena y una “promesa”; pero inmediatamente las reduce a un homenaje al glorioso antepasado, como si cumpliendo con este deber se resolviera la deuda para con los indígenas. Los indios del presente no son mencionados como un grupo social con determinadas necesidades y posibilidades. Más bien parecen ser un pueblo moribundo, al que se otorga generosamente, en actitud paternalista, un reconocimiento volcado hacia el pasado. Más arriba en el mismo artículo, se afirma también:

Esa *fiesta* de Cuauhtémoc, era la *fiesta* del pueblo indio, era la glorificación, la redención, la resurrección de la raza primitiva, de esa raza aborígena [*sí*] conquistada, envilecida y *casi muerta* desde la época del martirio de su último defensor, hasta la hora en que Hidalgo lanzó en Dolores el grito sublime de la Independencia⁵².

50 Anónimo, “Contra-guerrillas domingueras”: *El Tiempo* (México), 11-09-1887.

51 “La fiesta de Cuauhtémoc”, *loc. cit.*

52 *Loc. cit.* Subrayado por nosotras.

Observamos aquí cómo el autor alterna la noción de fiesta con la de luto, atrapado en la incoherencia del consenso fundador (los aztecas, además de vencidos, fueron heridos de muerte: los indios del presente están a punto de desaparecer), y cómo mezcla la identidad “del pueblo indio” con la del “pueblo mexicano” con menos destreza que Carrión en 1869. Por una vez, se relaciona el nombre de Cuauhtémoc con la calificación de “indio”, aunque no se aplica directamente a él.

Asimismo, al describir los arcos florales decorativos regalados por los pueblos de Atzacapotzalco y Xochimilco, se alaba el “trabajo artístico exquisito” de los arcos “de estilo azteca, que recordaban el trabajo de los antiguos escultores mexicas”, aunque “ostentaban el águila nacional y las banderas de la patria, hecho todo de flores”⁵³: mezclan armoniosamente lo nacional y lo azteca. En ese momento parecen confundirse los indios del pasado y los del presente, para glorificar a la nación liberal, no para diferenciarse de ella. Destaca en esta ceremonia la presencia de múltiples objetos de arte efímero “de estilo azteca”, el cual en esos años fue considerado como auténticamente mexicano por la élite: la galería “toda de estilo azteca”, “bellísima y característica”; el asiento del General Díaz, “un trono sobre una plataforma, que reproducía el *icpali* real en que se habían sentado los soberanos aztecas”⁵⁴. En conjunto se consideró que “fue una ceremonia enteramente típica, característica, nueva del todo”⁵⁵. La referencia estética a algunas pautas supuestamente aztecas servía a la construcción de una identidad singular, de un México “típico”, claramente identificable⁵⁶: no era una referencia a los indios, sino a México como nación eterna y grandiosa. Este estilo azteca generalizado es un indicio significativo de una deformación de la historia en la cual los aztecas son transformados en “protomexicanos”, silenciando los elementos que los diferencian de los mexicanos modernos, evitando toda referencia a los indios del presente e insistiendo en las virtudes mexicanas, ahora aplicadas a los aztecas como en un calco, sin preocupación por la verdad histórica.

Así pues, las reseñas indican la presencia de indígenas considerados como descendientes de Cuauhtémoc aunque su papel se reduce a rendir tributo a la nación: forman parte de lo típico, con las flores y el trono; su función se limita a dar a la ceremonia un toque original, no existe interés por lo que son ni por lo que sienten, sino exclusivamente por los elementos aztecas que pudieran sobrevivir en ellos; parecen ser fantasmas, reflejos del pasado. ¿Y los discursos?

53 *Idem.*

54 “Ecos de la semana”: *El Diario del Hogar* (México), 25-08-1887.

55 “La fiesta de Cuauhtémoc”: *El Siglo Diez y Nueve* (México), 22-08-1887.

56 Schávelzon (1988).

Discursos sin indios

Es cierto que Demetrio Mejía⁵⁷, señalado como el principal iniciador de la festividad⁵⁸, se enorgullece en su discurso histórico del alto grado de civilización alcanzado por los aztecas y lamenta que las naciones civilizadas no lo tomen en cuenta: los equipara con los egipcios, subraya sus conocimientos, su patriotismo y valor; pero este discurso es herméticamente cerrado, dedicado exclusivamente al pasado: no se refiere a los indios presentes. El conocido abogado e historiador Alfredo Chavero, autor de varios dramas de tema prehispánico⁵⁹, comenta los diversos estilos indígenas reunidos en el monumento y llega a establecer un puente entre pasado y presente, pero solamente para afirmar que Porfirio Díaz, al liberar a la ciudad de México de la ocupación francesa, dio su revancha a Cuauhtémoc; tampoco él se refiere, en su discurso, a los mexicanos indígenas agrupados ante él, reunidos en torno al monumento.

En cuanto al discurso en náhuatl de Fernando del Paso y Troncoso, no se publicó, lo cual deja abierta la pregunta de si participó en evento; en cambio, un “humilde indio de Texcoco, apellidado Juárez”, pronunció un discurso que luego fue publicado en náhuatl con su traducción al español⁶⁰. Consiste en una narración de la coronación del emperador y de su sacrificio, hasta que al final, abruptamente, llama a sus compañeros a gritar “Viva Porfirio Díaz” y a pedirle a éste la creación de instituciones para la conservación de su lengua y cultura. Tampoco él establece la menor relación entre la nación y los indígenas contemporáneos, solamente contempla la sobrevivencia de su grupo en una mira corporativa.

Esta vez, los discursos en español, ampliamente mayoritarios, niegan la presencia de indígenas en el público, mientras el discurso en náhuatl ni se refiere a los no nahos: cada orador excluye a los oyentes de los demás grupos lingüísticos, no se integran entre sí.

Elementos de comparación

El estudio de las dos inauguraciones de 1869 y 1887 muestra puntos comunes, tales como la presencia conjunta de las autoridades municipales y nacionales con los pueblos indígenas, no solamente de la ciudad, sino del

⁵⁷ Profesor y jefe de clínica interna de la Escuela Nacional de Medicina; junto con otros, desarrolló a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX una estadística médica que se convirtió en referente.

⁵⁸ Gacetilla, *El Tiempo* (México), 14-08-1887.

⁵⁹ Chavero (1877 y 1878). Ambas obras fueron expuestas, como libros, en la Exposición Universal de París en 1889.

⁶⁰ *El Siglo Diez y Nueve* (México), 22-08-1887.

Valle de México, a los que se dirigen siempre uno o dos oradores en lengua náhuatl, considerada como “lengua general” de la zona (invisibilizando, por ejemplo, la presencia de otomíes). Otra constante es la voluntad de dar a la nación mexicana un remoto origen glorioso, haciendo de Cuauhtémoc un héroe nacional, lo cual, estrictamente hablando, es tan absurdo como hacer de Vercingétorix⁶¹ un héroe francés. Resulta notable que, en ambos casos, se busque en vano la palabra “indio” en los discursos relativos al pasado. Este término probablemente ya tenía una connotación despectiva y no se podía aplicar a los gloriosos “mexicanos” de 1521.

Ahora bien, se destacan igualmente varias diferencias entre estas dos festividades. Difieren los espacios elegidos (aunque ambos son periféricos), siendo el primero ya ocupado y popular, y el segundo, casi virgen y concebido como solemne, elitista, transmisor de una imagen de modernidad destinada a las “naciones civilizadas”. La segunda y principal diferencia es la manera de dirigirse a la asistencia indígena: únicamente Sánchez Solís en 1869 los incluyó en el proyecto nacional y los relacionó directamente con los grandiosos aztecas, sin cortar el hilo del relato histórico en 1521. En cambio, ninguno de los discursos pronunciados en la segunda ceremonia menciona una filiación entre los aztecas y los pueblos indígenas del valle. En coherencia con esta actitud, el mismo mes surgió una polémica en torno a la herencia de Cuauhtémoc: se da por sentado que ésta nunca existió y que si alguien se declarara como su descendiente, se trataría de una invención con miras a cobrar la pensión que otorgaba el gobierno en tal caso⁶².

La diferencia en la percepción de la componente indígena de la población se explica quizás en parte por los ocho años que separan los dos eventos. En 1869, México se está reconstruyendo: para dejar atrás las invasiones y guerras civiles, la única opción es la reconciliación y la unión de todos. Quizás esta corriente haya llevado a algunos intelectuales, como Abraham Olvera o el Licenciado Sánchez Solís, a considerar a los indígenas como posibles actores de un mejor porvenir para México, actitud que poco antes habían adoptado Maximiliano y sus consejeros, instaurando la Junta Protectora de las Clases Menesterosas que se ocupó principalmente de litigios entre comunidades indígenas y latifundistas⁶³. Esta postura era aislada aún en 1869 y nunca llegó a generalizarse. En cambio, en 1887, lograda la estabilidad política, lo importante era construir y mantener una imagen gracias a la cual el país podría recibir crecientes inversiones y flujos migratorios procedentes de Europa. La presencia de embajadores nos recuerda esta dimensión de escaparate: los mensajes se dirigían hacia el exterior más que hacia el interior. La fiesta anual a Cuauhtémoc,

⁶¹ Líder de los galos vencido por César, celebrado por los franceses de finales del siglo XIX.

⁶² “La descendencia de los emperadores aztecas”: *El Nacional* (México), 16-08-1887, y “Remitidos”: *El Tiempo* (México), 25-08-1887.

⁶³ Véase por ejemplo González Lezama (2012).

cada 21 de agosto, en presencia del presidente, podría ayudar a renovar y consolidar el pacto entre indios y gobierno. Pero al parecer no fue así: los pueblos indígenas no eran considerados como una corporación relevante⁶⁴.

De este rápido estudio se destaca que la conocida invisibilidad de los indígenas en la Latinoamérica decimonónica, en el caso de México, no estaba generalizada en 1869: existían sensibilidades distintas, como la de Sánchez Solís, a la vez liberal y partidario de una mayor implicación de los indígenas en la nación. En todo caso, resulta imprescindible resituar estas representaciones en el marco de las luchas políticas efectivas: afirma Andrés Lira que la reaparición de los aztecas en la memoria colectiva ocurre solamente cuando los pueblos indígenas ya no tienen la potencia necesaria como para resistir a las políticas gubernamentales⁶⁵.

Marie LECOUEY

Université Paris Nanterre, Francia

Helia BONILLA

Dirección de Estudios Históricos, INAH, México

⁶⁴ Campos Pérez (2017).

⁶⁵ Él mismo estudia la relación de poder entre comunidades y autoridades de la Ciudad de México (Lira González, 1983).

Bibliografía⁶⁶

Artículos

- CAMPOS PEREZ, Lara, “Cuauhtémoc, el héroe completo”. La conmemoración del último emperador azteca en la ciudad de México durante el porfiriato (1887-1911)”: *Historia Mexicana* (4, 264), vol. 66, El Colegio de México, México, abril-junio de 2017. <<http://historiamexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/3420>> [30.01.2018]
- FAVRE, Henri, “Raza y nación en México, de la independencia a la Revolución”: *Cuadernos americanos* (45), Nueva época, México, mayo-junio de 1994, p. 32-72.
- FALCÓN, Romana, “Estado contra itinerantes en la frontera norte de México, 1864-1876”, en ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio y FALCÓN, Romana (coord.), *Los ejes de la disputa. Movimientos sociales y actores colectivos en América latina, siglo XIX*, Madrid: Iberoamericana – AHILA – Vervuert, 2002, p. 201-231.
- GALLO, Eduardo L., “Cuauhtémoc”, en Gallo, Eduardo L. (ed.), *Hombres ilustres mexicanos: biografías de los personajes notables desde antes de la Conquista hasta nuestros días*, tomo I, México: Cumplido, 1873, p. 415-477. Tomo disponible en: <cervantesvirtual.com>
- GONZÁLEZ LEZAMA, Raúl Alberto, “La génesis de la legislación social del segundo imperio mexicano”, en Margarita Moreno-Bonett y Rosa María Álvarez de Lara (coord.), *El Estado laico y los derechos humanos en México: 1810-2010*, tomo II, México: UNAM-IIIJ, 2012, p. 383-390. <<https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/7/3101/26.pdf>> [09/06/2017].
- LECOUCVEY, Marie, “De Cuauhtémoc à Zapata : le double usage des figures de rebelles mexicains (XIX^e-XXI^e siècles) ” : *Crisol* (20), Université Paris Nanterre, Nanterre, 2016, p. 43-67.
- LECOUCVEY, Marie, “Les linguistes *nabuatlatos*, acteurs de la construction de l’identité nationale mexicaine (1850-1865)”, en GARCIA DE LUCAS, César, ODDO, Alexandra (coord.), *Magister Dixit : mélanges offerts à Bernard Darbord par ses collègues et ses disciples*, Nanterre : Université Paris Nanterre, 2016, p. 175-192.
- LIRA, Andrés, “Los indígenas y el nacionalismo mexicano”: *Relaciones, estudios de historia y sociedad* (20), vol. V, El Colegio de Michoacán, Zamora, México, otoño de 1984, p. 75-94.

⁶⁶ Para archivos y prensa de la época, véanse las notas de pie de página.

- MAJLUF, Natalia, “Pintura, historia y verdad: *Los funerales de Atabualpa* de Luis Montero”, en MONTERO, Luis, *Montero, los funerales de Atabualpa*, Lima: Asociación Museo de Arte de Lima (MALI), 2011, p. 54-86.
- PÉREZ VEJO, Tomás, “la construcción de las naciones como problema historiográfico: el caso del mundo hispánico”: *Historia mexicana* (2), vol. 103, El Colegio de México, México, oct-dic de 2003, p. 275-313.
- SÁNCHEZ ARTECHE, Alfonso, “Vida secreta de dos cuadros: *El Descubrimiento del Pulque* y *El Senado de Tlaxcala*”: *Memoria* (7), Museo Nacional de Arte, México, 1998, p. 7-29.

Libros

- ACEVEDO, Esther *et alii*, *Testimonios artísticos de un episodio fugaz, 1864-1867*, México: INBA, 1995, 202 p.
- CARRIÓN, Antonio, *Galería de indios célebres de la República mexicana o biografías de los más notables que han florecido desde 1521 hasta nuestros días*, México, 1860, en CERECERO, Anastasio, *Memorias para la historia de las revoluciones de México*, México: Imprenta de Gobierno, 1869, p. 423-528.
- CHAVERO, Alfredo, *Quetzalcóatl, ensayo trágico. En tres actos y en verso*, México: Jens y Zapiaín, 1877.
- CHAVERO, Alfredo, *Xochitl, drama en tres actos y en verso*, 3ª ed., México: Gonzalo A. Esteva, 1878.
- DEMELAS, Marie-Danielle, *L'invention politique. Bolivie, Équateur, Pérou au XIX^e siècle*, Paris : Recherche sur les Civilisations, 1992.
- ESCOBAR OHMSTEDE, Antonio; ROJAS RABIELA, Teresa (coord.), *La presencia del indio en la prensa capitalina del siglo XIX: catálogo de noticias*, México: CIESAS, INI, 1992-1993, 4 vol.
- LIRA GONZÁLEZ, Andrés, *Comunidades indígenas frente a la Ciudad de México. Tenochtitlán y Tlatelolco, sus pueblos y barrios, 1812-1919*, Zamora: El Colegio de México / El Colegio de Michoacán, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1983.
- LÓPEZ CABALLERO, Paola, *Les Indiens et la nation au Mexique*, París: Karthala, 2012.
- PAYNO, Manuel, RIVA PALACIO, Vicente, *El libro rojo*, México: Díaz de León y White editores, 1870.
- PIMENTEL, Francisco, *Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México y los medios de remediarla*, México: Andrade y Escalante, 1864.
- PIMENTEL, Francisco, *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México: o tratado de filología mexicana*, 2 tomos, México: Tip. de I. Epstein, 1874-75.

- RIVERA CAMBAS, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, 2 tomos, México: Imprenta de la Reforma, 1882.
- SCHÁVELZON, Daniel, *La polémica del arte nacional en México*, México: FCE, Sección de Obras de Historia, 1988.
- SIERRA, Justo (dir.), *México: Su evolución social: inventario monumental que resume en trabajos magistrales los grandes progresos de la nación en el siglo XIX*, Barcelona: Salvat / México: Ballecá y Compañía, 1900.
- TENORIO TRILLO, Mauricio, *Artilugio de la nación moderna. México en las exposiciones universales, 1880-1930*, México: FCE, 1998.
- TERRAZAS SÁNCHEZ, Filiberto, *La guerra apache en México (viento de octubre)*, 3ª ed, México: Costa-Amic, 1983.
- TORRE VILAR, Ernesto de la (comp.), *La conciencia nacional y su formación, discursos septembrinos (1825-1871)*, México: UNAM, 1988.